

en terrenos completamente vírgenes de toda remocion? ¿Es cierto que las revoluciones de la naturaleza no hayan intervenido más que la mano del hombre en esa cuna sedimentaria? ¿Es cierto que su proveniencia no ha sido alterada ni por las falsificaciones de Museo, ni por ninguna interpretacion sistemática? Si la parte adversa contesta negativamente, entón-ces podré decirle: en este caso vuestros fósiles no tienen autoridad alguna cronométrica; y si responde afirmativamente continuaré preguntando: ¿es posible distinguir perfectamente y en todos los casos, las capas terciarias superiores de las primeras capas cuaternarias? ¿Cuales son los signos infalibles para esta distincion?

¿Existe una medida para apreciar la duracion de las formaciones geológicas y fijar cuantos miles de años es la una más antigua que la que sigue? ¿Es posible sobre todo, determinar con auxilio de esta medida, á qué época se remonta cada una de estas formaciones? Si todas y cada una de estas preguntas no constituyen un obstáculo á los cronologistas de la arqueologia anti-histórica, verémos en ello una prueba cuando ménos, de que tienen ménos escrúpulo que inventiva,

y si existen espíritus á quienes tales fósiles impidan creer en la Biblia, debemos convenir en que provienen más bien de la idea incompleta que de lo que enseña la Biblia tienen formada, que de lo que prueban los fósiles.

Después de los huesos humanos los productos de la industria humana en una capa determinada, atestiguan igualmente la existencia del hombre durante el período correspondiente. Dichos restos son numerosos y de muchas especies, según se desprende de lo que llevamos dicho en otras ocasiones. Ora se hallan en los *kjåkkenmoddingers* y los hornagueros de Dinamarca como en las ruinas de las ciudades lacustres de Suiza y en las cavernas de huesos, ora en las arenas de ciertas playas, como en los lechos inferiores de ciertos deltas. Algunos de estos instrumentos tales como las hachas de pedernal más comunes que los otros, hánse encontrado según se dice, lo mismo en París que en el cabo de Buena Esperanza; en la cuenca del valle de la Somme, que en las cavernas del Languedoc y del Perigord; cabe los dolmenes de Bretaña y del Aveyron, como en las ruinas del Ninive y de Babilonia, en el campo de Ba-

talla de Maraton, como en los márgenes del Ohio y del Mississippi (1)..... ¿Qué valor tienen esos diversos indicadores para servir como medida del tiempo en los siglos pasados? ¿Qué caracteres encierran los productos de la industria, para que puedan deponer acerca de la antigüedad del hombre? A estas preguntas contesta la ciencia diciendo; la materia de que se componen y la naturaleza de los lugares en que se las encuentra. Puesto que debemos ver en ellas, si así puede decirse las dos saetas de este reloj científico, examinemos lo que debe pensarse de la regularidad de sus movimientos.

La materia que compone estos restos no puede dar testimonio de su edad si no resulta de su perfecta identidad. Antes de determinar si una hacha ó una punta de lanza se remontan á la era de la piedra bruta ó pulimentada, es preciso asegurarse de que el objeto es una hacha ó una punta de lanza. Ahora bien, sin negar los hechos, ¿seria caso raro el de las supersticiones arqueo-geológicas? ¿Quién seria capaz de enumerar, por ejemplo, los falsos pedernales y las hachas contrahechas, elabo-

(1) M. Joly, *idem*.

radas por los obreros de Abbeville, que han pagado los ingleses á peso de oro para enriquecer sus colecciones? ¿Cuántas veces la jente del oficio, al encontrarse en nuestras exposiciones ante los pedernales llamados cuchillos, rascadores, etc., ha exclamado: Esto se hace solo de un mazazo, ó á consecuencia de un derrumbamiento. (1)

Cuantos fragmentos considerados como obras maestras por los espectadores que hacian ostentacion de su competencia, no llegarían á llamar su atencion si no les sirviera de aviso la tarjeta que contiene su nombre? ¿Quién ha olvidado finalmente el departamento de Saint-Germain, titulado el *arte humano durante la edad de piedra*, y en el cual pueden verse los pájaros nadadores en los cuales nadie cree, y que solo se conservan por pura consideración y como acto de cortesía respecto de la celebridad que los regaló? En verdad que esos señores hacen mal en reirse de la autenticidad de nuestras reliquias, cuando tanto hay que decir respecto de las suyas. Más facilmente puede creerse en los restos de los apóstoles y de los mártires,

(1) *Restos religiosos. La edad de piedra.*

que en las agujas y punzones de que se servían nuestros antepasados, hace cien mil años.

Más admito por un momento que el objeto ha sido realmente lo que se dice la materia de que se compone será por ventura una especie de estiaje, en que irá dejando sus huellas el curso de los tiempos? ¿Podrá referirse este objeto á tantos millares de años adelante ó atrás, según que sea de piedra, de bronce ó de hierro? En una palabra, los períodos que llevan los nombres que acabamos de consignar, fueron sucesivos y progresivos, es decir, dispuestos en la historia del hombre como en nuestras clasificaciones? Es muy dudoso y lo que es más, hasta improbable. En la misma época un pueblo puede haberse servido de armas de piedra y de armas de metal, dado que estas hayan sido más raras y por consiguiente más caras. En el norte es común hallar en el mismo sepulcro javalinas de piedra y de bronce. Por consiguiente, en tanto no se descubra que el pedernal precedió á los metales, no puede decirse que el bronce no era desconocido, ni que el primero indique un período más remoto que el segundo.

En tanto que la isla de Chipre producía el

cobre en abundancia y casi puro de toda aleación, los pueblos del Mediterráneo apenas empleaban el hierro porque su fundición era más difícil. Pues bien, síguese de aquí, que, geológicamente hablando, deban los griegos ser colocados en la edad de bronce? Por consiguiente, la sucesión de los períodos carece de valor cronométrico, porque si se ha realizado regularmente con relación á un país, es arbitraria la aplicación general que se ha hecho. Por esto la ciencia abandona esta teoría, por considerarla como una falsa división de la duración de las obras debidas á la industria pre-histórica. "Hace algunos años, la dirección del museo central romano-germánico de Maguncia se había servido, en el primer volumen de una obra sobre las antigüedades paganas de este país, del método que distingue las tres edades; pero en el segundo volumen publicado en 1864, abandonó decididamente dicho método, excusando la aplicación que había hecho del mismo en el primer tomo con las ideas generalmente aceptadas al tiempo de su publicación" (1). ¿Se necesita más para probar que, frecuentemente, los

(1) Reusch, p. 551.

tres períodos, solo representan en el cuadrante de las edades ante-históricas, tres horas distintas, que vienen á ser una sola designada con nombres diferentes?

¿La profundidad á que han sido hallados los productos de la industria primitiva proporciona las bases de una evaluación más favorable á su incommensurable antigüedad? Dichos productos hanse encontrado en diferentes lechos y en distintas profundidades sea en los deltas, en los hornagueros, en las ciudades lacustres, en las playas desecadas, ó en los residuos de la cocina danesa, pero en ninguna parte atestiguan de una manera cierta la fabulosa cronología que se pretende hacerles apoyar.

Los deltas tienen un crecimiento muy variable para que puedan servir de cronómetro geológico. Un árbol aumenta anualmente una zona leñosa, si se sierra pueden contarse sus zonas y determinar su edad con precisión, pero las elevaciones de los terrenos en la embocadura de los rios y los depósitos sucesivos de limo que esos rios acarrean en sus crecidas y en sus corrientes constantes, no siguen una progresion tan regular; el lecho del Nilo, por ejemplo, y la tierra de Egipto se

elevan de una manera desigual segun la diferencia de las circunstancias, y de ménos en ménos, al paso que aumenta su proximidad al mar. Por consiguiente, aun cuando se conociera de un modo exacto cuanto ha crecido el suelo en un lugar determinado y durante un siglo; nada podría concluirse de ello, ni respecto de otro lugar, ni con relacion á otro siglo. La base de la estatua colosal de Ramases II en Menfis, que con posterioridad al año 1360 ántes de Jesucristo, se ha ido cubriendo insensiblemente por sedimentos que miden nueve piés y medio, lo habria sido en ménos tiempo en Elefantina, junto á la primera catarata dell rio, y mucho más tarde en Roseta, donde las aguas y el limo se distribuyen en una extension mucho más considerable.

Por esto cuando Horner, despues de haber descubierto á treinta y dos piés debajo del lecho, fragmentos de un vaso de arcilla y ladrillo, sienta, fundándose en el crecimiento, secular del suelo, que se han necesitado doce mil años para sepultar á tales profundidades esas obras de la mano del hombre, parte de una porcion de premisas gratuitas; pues para ello seria necesario en primer lugar, que

los depósitos del Nilo se hubiesen formado siempre y constantemente del propio modo y con las mismas proporciones; y después que los fragmentos en cuestión hubiesen sido primitivamente depositados sobre la superficie del suelo y cubiertos inmediatamente en el mismo sitio, dado que no hubiesen sido arrojados á alguno de esos pozos, de que nos habla Herodoto, que se hallaban en otro tiempo sobre las orillas del río; y á los cuales jamás alcanzaban las aguas, sino que se llenaban más considerablemente en cuanto los invadía la capa fangosa.

Un inglés residente en las Indias, J. Fergusson, ha hecho la siguiente observación, verdaderamente digna de ser tenida en cuenta, con motivo de los cálculos cronométricos fundados en las formas de los deltas ú de los aluviones locales. "Lo que por mí mismo he podido comprobar es lo que sigue: los ladrillos que formaban los cimientos de una casa, que había mandado construir, fueron arrastrados por la crecida de un río y quedaron depositados en el lecho del mismo, á una profundidad de treinta á cuarenta piés; posteriormente el río se ha retirado, y en el sitio donde se levantara un día mi casita; pe-

ro cuarenta piés encima de sus ruinas, se encuentra actualmente una nueva aldea. Si un día se practican excavaciones en aquel suelo se encontrarán mis ladrillos, y en su vista y teniendo en cuenta la profundidad á que se encuentran, calcularán el número de miles de años que van pasados desde que yo existía (1)." El mismo geólogo ocupándose en el estudio de las variaciones que ha experimentado el delta del Ganges, considera que la llanura regada por dicho río, no fué habitable hasta mil años después de Jesucristo, y que el delta propiamente dicho, solo comenzó á poblarse en el siglo décimo cuarto. ¡Qué lección de moderación y de prudencia para aquellos que han estimado en 158, 400 años la edad del delta del Mississipi!

La turba no procede en su crecimiento con más regularidad, y no puede constituir un cronómetro más infalible. Es imposible, dice el mismo Lyell, evaluar en siglos la edad de los restos humanos más antiguos, descubiertos en los hornagueros. Si se detuviese la seguridad de que la turba crece anualmente de una manera determinada, no habría nada

(1) *Quarterly Journal of the Geological Society* 1868, p. 527.

más fácil que medir el pasado, fundándose en el crecimiento vertical de esas aglomeraciones leñosas; mas no puede admitirse de modo alguno este procedimiento. El aumento y la densidad de la turba dependen de la constitucion del suelo, de la duracion de los inviernos y los veranos, y principalmente de las especies vegetales que sirven de alimento á estos vastos laboratorios de la naturaleza. Esto explica que casi todas las monedas, hachas y utensilios de cocina, hallados en los hornagueros ingleses y franceses, sean de procedencia romana, en tanto que segun la apreciacion de algunos, relativamente á la pretendida lentitud de tales formaciones, los objetos que se encuentran á determinada profundidad deberian remontarse á una época antediluviana.

Debe además tenerse en cuenta, que cuanto más líquida es la turba, más se hunden en ella los objetos, y en cambio, cuanto más densa, flotan más cercanos á la superficie, y como la turba es tanto más líquida cuanto más reciente, síguese de ello que las antigüedades halladas en su seno, constituyen una escala cronométrica en sentido inverso al del nivel que ocupan. ¿Quién ignora las contradiccio-

nes de los sábios respecto del particular? Boucher de Perthes imagina que la turba crece únicamente tres metros en cada siglo, segun otros las escavaciones practicadas á seis piés de profundidad en los hornagueros de la Frisia oriental, hanse llenado en treinta años. Conclusion resultante de dichas observaciones: para una capa de turba de treinta piés de profundidad segun las observaciones que acabo de citar, serian menester 200 años, y en virtud de la teoria de Bucher de Herthes 30, 000 años. ¿Es posible fiar en un contador que está sujeto á tan profundas variaciones?

Las habitaciones lacustres ó levantadas sobre estacas, construidas hace muchos siglos en los lagos de Suiza y otras partes, y de las cuales hace poco tiempo, durante las aguas bajas, hanse encontrado pilotes, útiles fabricados de asta, de oro, de piedra, y casi todo el moviliatio, en su estado primitivo, hanse invocado frecuentemente en nuestros dias, como testimonio de la inaudita antigüedad de nuestra especie. ¿Cual es el valor exacto de esta medida de los tiempos pasados? El de una moda especial de argumentar, valiéndose de semejantes descubrimientos, contra la cronología tradicional del género humano; pero

la verdadera ciencia ha venido á reaccionar contra esos arreglos ménos científicos que anti-religiosos.

En resumen, los cráneos más antiguos encontrados en las ruinas fangosas de los edificios lacustres, son completamente parecidos á los de los Suizos de estos tiempos. Las plantas y los animales de los cuales se ha encontrado restos, pertenecen todos á la fauna y á la flora actual del mismo país. Geológicamente hablando, todo induce á creer que esas habitaciones son de época reciente, y de aquí que poco á poco vaya modificándose la opinión que respecto á su exagerada antigüedad se les había atribuido. Kochstetter considera muy verosímil que no remotan á más de diez siglos antes de la era cristiana. Franz Maurer los refiere al período trascurrido entre el octavo y el quinto siglo antes de Jesucristo. Hassler juzga que muchas de ellas son todavía de época más reciente. Por último, Fernando Keller ha rechazado constantemente la idea de emitir suposiciones, siquiera aproximativas, respecto de la edad del género humano, y de esas ciudades sepultadas en las aguas, porque todo cálculo de este género carecería de base sólida. Si añadimos que los

sábios cuyos nombres acabamos de citar, han fijado sus cifras sin la más insignificante preocupación bíblica, difícilmente puede evitarse la indignación legítima que siente el ánimo contra aquellos que, en odio á la Biblia, se permiten suposiciones por demás extravagantes, basadas en dichas construcciones y que en revistas y periódicos, publican como ciertos los descubrimientos más problemáticos.

Las playas desecadas encieran igualmente restos de la industria antehistórica y han servido de falso calendario á la antropología, cuyos escesos combatimos. ¿Qué debemos pensar de la exactitud de semejante cronómetro? En diversos puntos de Escocia y de Suecia se han encontrado á veces á sesenta piés debajo del nivel del mar, y á mayor profundidad aún en el suelo de la playas, canoas é instrumentos debidos á la industria humana. De esto se ha deducido con fundamento, que estas regiones estuvieron en otro tiempo cubiertas por las aguas, y que estas se retrajeron, bien por que se levantara el terreno, bien porque el Océano cambiara de sitio, retrocediendo desde una de sus orillas para ganar terreno por el lado opuesto. Es evidente

te, que si pudiera calcularse en qué proporciones ha tenido lugar anualmente el levantamiento del suelo ó la retirada del Oceano, se sabría á punto fijo en qué época estuvieron amarradas las lanchas en la playa, y este dato sería un mojon seguro establecido en los oscuros horizontes del mundo primitivo; mas, lo cierto es que la experiencia destruye todas las suposiciones de semejante método cronométrico.

Si se conociera exactamente el número de metros ó siquiera la proporción en que crece el suelo en un período de cien años, nada sería más fácil que decir: esta elevación supone tal número de siglos; mas la naturaleza, en sus movimientos, procede con una imprevisión y con unas irregularidades que no se prestan á sistema alguno. Lyell se ve precisado á convenir en que todas las evaluaciones hechas respecto del particular, tienen únicamente un valor conjetural. A veces el suelo se levanta un año para descender en el siguiente; en un punto determinado se eleva y en otro cercano descendiendo su nivel; en Spitzberga sube más que en el norte de la Noruega; en el norte de esta más que en el medio día.

En 1819, durante un terremoto, formóse instantáneamente en el delta oriental del Indo un dilatado dique de once millas geográficas, de diez pies de altura. En la América meridional, sobre la costa de Valparaíso, el 20 de febrero de 1835, levantóse el terreno de cuatro á cinco pies para deprimirse de dos á tres en el siguiente mes de Abril. Además de esto, tenemos que la experiencia ha demostrado que las lanchas, las áncoras y los remos encontrados en los lechos muy profundos de ciertas playas, no atestiguan en manera alguna que aquel sitio haya sido en otro tiempo el lecho del mar, sino que allí hubo una holla ó un canal que posteriormente fueron cerrados, lo cual ha contribuido á que se confundiera la obra del hombre con el trabajo de la naturaleza. Finalmente, si á estas causas de levantamiento y depresión se añaden las que la historia nos oculta y las que la ciencia ignora, tendremos que convenir en que estamos reducidos á la más completa incertidumbre relativamente á la edad de los restos marítimos que estudiamos.

Idéntica obscuridad reina en los cálculos basados en las invasiones y retiradas del mar. El mas ligero accidente acaecido en el nivel

de la corteza marítima, puede traducirse por una crecida ó una desecación realizada en la playa. La crecida ó la desecación, responden pues á un movimiento del suelo, más bien que á una medida de su duración; en prueba de ello, podremos citar las tres columnas que subsisten aún del templo de Sárapes en Pouzzoles, que á considerable altura en sus grietas y ahujeros, ofrecen una zona de terebrátulas, resultado evidente de una invasión del mar. Ahora bien, como dichas columnas no fueron primitivamente establecidas en el agua, y como hoy tampoco lo están, sus cinturones de mariscos sirven para enseñarnos que el agua, alternativamente y sin regla, puede realizar movimientos de avance y retroceso. A corta distancia del mencionado, encuéntranse las ruinas de otro templo cuyo pavimento hallábase en seco en 1807, y al paso que en 1845 tenía encima veintiocho pulgadas de agua, en 1852 podía demostrarse una disminución de una pulgada por año en el caudal de dicha inundación. Sobre las costas occidentales de Creta, se ve la huella del antiguo nivel del mar á veintisiete pies encima del nivel actual; cuarenta millas más allá se distinguen, en cambio, las ruinas de antiguas

ciudades griegas, cubiertas al presente por las olas.

Además la costa de Medoc nos demuestra claramente las innumerables modificaciones que resultan en las relaciones entre la tierra y el mar. El peñasco de Cordouan sobre el cual existe actualmente un faro, formaba en otro tiempo parte integrante del continente en tanto que hoy dista del mismo el espacio de tres leguas. De 1818 á 1830 se ha calculado que el Océano ha avanzado 280 metros en la tierra, es decir, por término medio 15 metros por año. Siguiendo la misma proporción doce años después, es decir, desde 1830 á 1842 habría debido ganar otros 180 metros; pero en realidad ganó 350, de manera que el término medio de 15 metros fué sustituido por otro de 20. ¿Es posible probar que no hayan tenido efecto cambios más importantes en los litorales, en los siglos más próximos á las épocas geológicas, en los cuales era mucho menor la estabilidad del suelo, y es posible sobre todo, que hayan podido considerarse como regulador cronométrico los accidentes marítimos, no más estables que la ola que los determina.

Los *Kimbemoddingers* son pequeños men-

tículos formados de las conchas de ostra, almeja, musquencillo, litorina y otros moluscos, de especies semejantes á las que dejamos nombradas, que se encuentran aún en el Océano. Dichos montículos no son en manera alguna bancos depositados naturalmente en una época en la cual era más alto el nivel del mar, puesto que todos los individuos pertenecientes á esas diferentes familias de moluscos habian llegado á completa madurez. Especies que no se encuentran en el mar á una misma profundidad, hállanse aquí reunidas; las capas que los separan no contienen casquijo, lo cual excluye la hipótesis de un levantamiento de arenas. Finalmente, entre las conchas se encuentran huesos de animales, utensilios, alfarería toscamente labrada, carbon, cenizas, lo cual ha influido para que se dé el nombre de desechos de cocina á estas ligeras excrecencias de las playas de Dinamarca.

¿Pueden ser considerados como dato cierto de la antigüedad, del hombre? Indudablemente nó, y los huesos de mamíferos y de pájaros pertenecientes á especies que viven en la actualidad, y por consiguiente amontonadas en un periodo no muy distante, Ciertamente

que Lyell hace remontar á fecha muy lejana dichos montones. Las conchas, dice, no son en el día tan grandes en el mar Báltico, lo cual indica que antes era más salobre, por hallarse unido al Océano Atlántico por medio de estrechos más prolongados, lo cual solo puede admitirse estableciendo la hipótesis de una larga antigüedad. En cambio Vogt rechaza este argumento fundado en el motivo perentorio de que la disminución de los elementos salinos no explica el decrecimiento de las conchas. Los romanos habian logrado hacer vivir las óstras en Nápoles, en los lagos de agua dulce y las almejas se naturalizan con mucha facilidad en los estanques salobres. Nueva prueba añadida á las muchas que dejamos consignadas y que, no obstante su sutilezas, demuestra que la antropología prehistórica afirma gratuitamente sus cálculos, y que si retrasa indefinidamente el primer momento de la humanidad, es más bien á consecuencia de un capricho, que en virtud de una regla fija. Por lo que á nosotros toca, despues de haber pesado el pró y el contra de tan solemne debate, debemos convenir, en que si enseñáramos en nombre de la religion la mitad de los misterios que

la ciencia profesa, de seguro no economizaría esta la acusación de charlatanismo; no se la dirigimos; más conste que es únicamente porque nos hallamos movidos por un sentimiento de caridad.

Después de lo que acabamos de decir, no pueden tener importancia alguna los restos fósiles de especies animales. Las cavernas y las brechas óseas no pueden realmente gozar mayor autoridad en favor de la antigüedad ilimitada del género humano, que los testimonios precedentes, de manera que en virtud de lo expuesto quedan reducidos, ó á una objecion afirmativa, ó á una objecion conjetural.

A una objecion confirmativa, porque ¿cual es su significacion antibíblica? Como encierran huesos humanos y trabajos debidos á la mano del hombre mezclados con restos de ciertas especies animales llamadas antidiluvianas, prueban la contemporaneidad del hombre con dichas especies, y por consiguiente la antigüedad indefinida del primero. Léjos de contradecir semejante aserto, la fé lo admite. Hay más, confirma esta contemporaneidad, que encuentra establecida en el texto del Génesis que resume la obra del día sexto

“Produzca la tierra grandes animales y reptiles. Después de lo cual añadió el Señor; hagamos al hombre á nuestra imájen y semejanza (1).” ¿Por qué se ha creído, durante mucho tiempo, que la presencia simultánea del hombre y de esas especies no podía conciliarse con la ortodoxia? Probablemente sin más fundamentos que el hallarse dichas especies extinguidas de lo cual pretendía deducir que el hombre no habría sobrevivido al cataclismo que produjo su destruccion. Debía sin embargo haberse tenido en cuenta que esos cataclismos fueron puramente locales, y que los cambios de temperatura debieron favorecer extraordinariamente la accion destructora de los diluvios, y sobre todo que el hombre, por lo mismo que estaba interesado en la destruccion de tales huéspedes, por lo comun más peligrosos que útiles, les declaró una guerra á muerte, de manera que si se encuentran frecuentemente mezclados los huesos de aquellos con los de este en el fondo de las cavernas, proviene de que en cuanto los habia apresado, conducialos á su morada para que le sirvieran de alimento. Sobre todo te-

nemos que su coexistencia durante el día sexto, resulta de un texto evidente, en tanto que la extinción completa de tales especies, antes de la aparición del hombre, no es más que una hipótesis geológica. La hipótesis ha pasado ya de moda, en tanto que el texto subsiste aún.

Confirmativa en cierto modo, la objeción puede ser conjetural según el punto de vista bajo el cual se la considere. Existe en geología una crítica radical que lo niega todo, hasta el testimonio de las mismas cavernas. Para ella los huesos de los animales se habrían depositado mucho antes de la venida del hombre en los lugares en que se encuentran barajados y revueltos. Los restos del período humano se habrían introducido posteriormente, y por lo mismo las cavernas no podrían servir en manera alguna para establecer un sincronismo fundado. Nosotros sin embargo no llegamos á tan extremas conclusiones. "Es cierto que los hombres primitivos han habitado en las cavernas de las cuales han sido precedidos por animales muy extinguidos en la actualidad. Esos hombres han dejado en ellas sus utensilios, sus armas y los restos de los manjares con que se alimentaban.

Cavernas hay también que han servido de sepultura al hombre. Pruébese que las cavernas no han sido posteriormente visitadas, durante el transcurso de largos siglos, con el hecho de las capas de tierra y los restos vegetales que obstruyen su entrada, y por las estalactitas formadas en el interior, encima de los depósitos. Al penetrar en estos, causa verdadera sorpresa el descubrir un orden de superposición que se produce con bastante exactitud en muchas cavernas. Por ejemplo en Arey (Yonne) en la capa inferior se han encontrado dos mandíbulas humanas asociadas á los huesos del elefante, del rinoceronte, del oso, de la hiena y del reno. Encima cuchillos de piedra y algunas hachas pulimentadas, con hueso de reno y de especies extinguidas; y en la capa superior lodo de las cavernas, y antigüedades galo-romanas (1)."

Quando se lee esta descripción y los descubrimientos de M. M. Filhol; Rames, Garrigou en la caverna del Herm, (Ariege) y principalmente la memoria de M. Lartet sobre una antigua *estación humana, con sepultura con-*

(1) Estudios religiosos. La edad de piedra.

temporánea a los grandes mamíferos reputados característicos del último período geológico, no, puede abrigarse la menor sospecha relativamente a la antigüedad del hombre; pero la parte de la conjetura y de lo desconocido resta siempre tan importante en esos sistemas, que excepción hecha de los iniciados, fascinados por los mirajes a que a veces ellos mismos han dado vida, los hombres más juiciosos experimentan una repugnancia invencible en seguir las teorías hasta el fin, y los extravíos de la ciencia, respecto del particular hallarán siempre su correctivo en la oposición dimanada del sentido común.

Admitamos sin embargo por un momento, que el hombre sea muy viejo; nada prueba que lo sea tanto como se dice. Respecto del particular la apologética no corre riesgo de verse confundida por el estudio del hombre antes de la historia. En otro tiempo buscó en la geología la confirmación de la Biblia, pero este período de armonía entre la ciencia y la exégesis no duró mucho tiempo. Suscitáronse a poco terribles hostilidades; y la ciencia rompió con la teología. Actualmente ha empezado un tercer período del cual resultará la victoria definitiva en

favor de los teólogos. Su trabajo consiste en probar, no que la narración bíblica esté de acuerdo con los nuevos descubrimientos, sino que no existe certeza alguna científica que esté en contradicción con las verdades de la Biblia. Colocada en este terreno, la fé puede desafiar todas las provocaciones y las audaces locuras de la antropología prehistórica. Lyell, vacilando en pronunciarse a favor de la edad de las ciudades lacustres, contestó en estos términos a Morlot. "Se necesita un valor caballerezo para empezar." Y Lyell tenía razón de sobras; el día en que se ha decidido a determinar en cifras el pasado de la humana especie, ha dado pruebas de tener un valor inmenso.... Apresurémonos, sin embargo a añadir que los enemigos de la fé, con un valor tan grande, sólo lograrán causarse más daño a sí mismos del que a ella puedan causarle.